

# **LEER Y RELEER**

Edición No. 15, agosto de 1997

Departamento de Bibliotecas Universidad de Antioquia

---

## **EL EXORCISMO DE LA RELECTURA**

**ERNESTO OCHOA MORENO**

**LUIS FERNANDO MACIAS**

## EL EXORCISMO DE LA RELECTURA

*Por Ernesto Ochoa Moreno*

Es un rito nocturno. Cuando los desasosiegos del insomnio vuelven insufrible el lecho, uno se levanta y va a la biblioteca. Allí, desde su apretujamiento, en los anaqueles, los viejos amigos (para mí los libros son como muchachas en flor y deberían pertenecer gramaticalmente al género femenino) empiezan a hacer guiños y coqueterías. Uno se acerca y recorre con la mirada primero, y luego con las yemas de los dedos, los lomos de los volúmenes adormecidos en su dulce quietud. Se siente el sobresalto mínimo que les produce el roce. Porque los libros, y queda la constancia, son criaturas vivas que se enternecen al menor contacto. Son seres silenciosos y callados, pero apenas sienten la presencia del amante, se alborotan, exigen caricias y no descansan hasta que son tomados entre los dedos y olfateados, manoseados, amados sin escrúpulos ni inhibiciones en la desnudez de una lectura lenta y gozosa.

Es el rito de la relectura. De pronto la vida se frena, en el tiempo y en el espacio. El viejo lector se vuelve atemporal y, por lo tanto, eternamente joven. Allí están los títulos leídos en el pasado. Y están también esas obras compradas quién sabe cuándo y que han esperado pacientemente por años este momento de un primer encuentro. Es casi un orgasmo espiritual el momento en que, sin ninguna razón, el insomne se detiene y libera de la presión del anaquel el volumen inesperado, que lo mismo puede ser del autor al que se le rinde culto personal, como de algún ilustre escritor desconocido para el que no había habido tiempo antes, o de uno de los muchos leídos a lo largo de la vida. Y empieza el juego amoroso de la relectura. Se advierte que hay libros que han esperado tanto en la biblioteca, que leerlos por primera vez es también una relectura.

Para mí, y uso la primera persona para no dar la sensación de estar pontificando, si la relectura no está condimentada con el reencuentro sorpresivo, pierde su encanto. Hay relecturas programadas, relecturas racionales. Pero aquella a la que estoy haciendo referencia es como los primeros amores juveniles, que perviven allá, detrás del corazón, y brotan impensadamente en cualquier esquina de la vida, porque un sonido, un aroma, un mínimo vestigio los levanta del olvido.

La relectura no es un acto intelectual, ni mucho menos un alarde de erudición. Esta clase de relectura de la que hablo es una emoción de los sentidos. En el tacto renace el grueso del volumen; en el olfato, los aromas que se desprenden, como mariposas invisibles, de entre las páginas; en los ojos, el color amarillento del papel, la carátula borrosa y el añejo diseño gráfico. Y, luego, en el silencio de la lectura, se reviven con

una intensidad inesperada los momentos de la primera vez en que se tuvo el libro entre las manos. Todo un mundo reconstruido, revivido.

Es un placer indefinible. Y, de contera, un conjuro para espantar los fantasmas de esta despiadada y atosigante realidad que nos circunda. Por eso, y el lector sabrá disculpar, mejor que hablar de otros temas de actualidad, me he tomado hoy la libertad de dedicar esta columna a mi exorcismo favorito para arrojar del alma los demonios del desencanto y la desilusión que causa la situación actual del país. Haga la prueba y verá.

---

## LEER POESÍA

Por Luis Fernando Macías

*Profesor del rea de Literatura en la Facultad de Comunicaciones,  
Universidad de Antioquia. El texto fue cedido por el autor a Leer y releer.*

Edgar Allan Poe entendió que el dominio de la poesía era la belleza. En su ensayo Filosofía de la composición confesó que su propósito primordial, al escribir un poema, era producir un efecto en el lector y definió este efecto como la elevación del espíritu ante la contemplación de la belleza. Entendió además que el verdadero destinatario del poema podría ser el corazón, el alma o el intelecto del lector: el corazón, porque éste se conmueve ante el dolor o la alegría; el alma, porque se ensancha ante la presencia del hecho estético y el intelecto, porque se regocija en el hallazgo de la verdad.

También Jorge Luis Borges quiso definir la poesía como “experiencia estética” o como “el encuentro del lector con el libro, el descubrimiento del libro”.

La confluencia de estas dos doctrinas me confirman en el convencimiento de que sin lector no hay poesía. El poeta, en el momento de la creación, procura encontrar en el lenguaje las palabras que evoquen o puedan evocar en el lector la experiencia estética, de modo que, en el encuentro con el poema, el lector se reconozca y, en su identificación, se produzca el sentido.

Sentido es esa región común donde se encuentran el poeta y el lector. Sólo hay hecho estético cuando se produce el sentido, es decir, cuando el lector se encuentra con el poeta, cuando el libro despierta. Pero para que el lector alcance la dignidad del sentido no basta con que lea o escuche una sola vez el poema.

Hans Georg Gadamer afirma que “el poema invita a una larga escucha y a un intercambio de palabras en los que se consuma la comprensión”.

El poema no nos habla desde su lectura misma, sino desde nuestra llegada a la región del sentido, que se va produciendo paulatinamente y, como diría Fernando González “es como la aurora que cada vez más, cada vez más...”

Veamos un ejemplo. Traigamos hasta este foro los ecos de un poema juvenil de León de Greiff, bastante popular entre nosotros:

## RONDEL

Esta mujer es una urna  
llena de místico perfume,  
como Annabel, como Ulalume  
esta mujer es una urna . . .  
Y para mi alma taciturna  
por el dolor que la consume,  
esta mujer es una urna  
¡llena de místico perfume . . .!

Leí este poema por primera vez en el año 1972, en tercero de bachillerato. Recuerdo o imagino haber sentido un sobrecogimiento ante la presencia sonora de los versos.

Entonces no conocía el amor de una mujer, no sabía quiénes eran Annabel ni Ulalume, no poseía una noción clara del significado de los adjetivos “taciturna” o “místico”; no obstante , el conjunto sonoro del poema me colocaba ante la vaga ilusión de la belleza. A menudo lo recitaba frente a mis compañeros de la clase de español de don Eugenio López, pero acaso lo único que podía decir de ese poema era que me gustaba sin por qué; simplemente me gustaba.

Tal vez ahora comprendo que, al memorizar esos versos, solamente estaba iniciando un diálogo con ellos y que, de algún modo, ellos empezaban a acompañarme en mi reflexión sobre la propia existencia. Así, cuando llegó la pregunta por la muerte, su resonancia fue materia de reflexión y cuando entendí eso de que “un dolor somos”, ya el verso *por el dolor que la consume* era una música que, paradójicamente, solazaba a mi alma de ese dolor de ser, ya era parte constitutiva de mi ser.

Muchos años después me pregunté por el significado de esos versos en León de Greiff, más allá de su resonancia en mí. ¿Qué significa *para mi alma taciturnal por el dolor que la consume*? Y en mi auxilio acudieron otros versos suyos que igual venían conmigo, hablándome desde el interior de eso a lo que llamamos ir creciendo:

"juego mi vida,  
cambio mi vida,  
sin remedio  
la llevo perdida..."

O estos otros:

"El tedio, el odio y el fastidio  
en la palestra o en el gladio..."

O:

"Todo vale nada si el resto vale menos".

Se trata, pues, del hondo dolor de ser. Ante la pregunta por la existencia, todos los caminos conducían a León de Greiff al escepticismo. Curiosamente en el *Rondel* que ahora nos ocupa se vislumbra una tabla de salvación frente al nihilismo, un bálsamo para el dolor de ser: "Esta mujer...". Otros poemas nos aclaran que el vino y la música y la pipa y los libros y los sueños... mantienen en pie la existencia.

Con esto he dejado ver ante ustedes, que el sobrecogimiento que sentía hace 25 años ante el *Rondel* de León de Greiff, consistía esencialmente en la intuición de lo que para mí sería más tarde el poder del amor frente a la pregunta definitiva. Sé que para otros el significado de este poema es bien distinto porque el sentido se produce en la intimidad y al estilo de cada uno. Yo mismo podría seguir preguntándome, por ejemplo, por el significado del adjetivo *místico* para modificar al sustantivo *perfume*, o por las cuatro aliteraciones del poema en la repetición de los sonidos de la "m", de la "u", de la "r" y de la "l", y seguramente encontraría respuestas a muchos interrogantes nacidos de mi diálogo con León de Greiff o con la existencia. A lo mejor podría ampliar significativamente la conclusión final respecto al sentido de este poema, pero para lo que me trae ahora a este foro sobre la lectura ya he ilustrado la idea que quería dejarles: no basta con leer o escuchar el poema una sola vez. En muchos casos la naturaleza de su significado en nuestras vidas nos exige saberlo de memoria.

Muchas gracias.